

PRÓLOGO



Nueva York, 6 de noviembre de 1996

D

iez millones de dólares si hacía un milagro y traía vivo de regreso al niño, cinco millones si volvía sólo con el cuerpo, y otros cinco si junto a él llevaba a rastras a los asesinos. Que estos últimos estuvieran vivos o muertos era irrelevante, dado que tenían las manos manchadas con la sangre del chico.

Tales eran las condiciones, y si decidía aceptarlas, tal era el trato.

Max Mingus era un ex policía convertido en detective privado. Su especialidad, la búsqueda de personas desaparecidas, y tenía talento para encontrarlas. La mayoría de la gente decía que era el mejor en su cometido. Al menos lo había dicho hasta el 17 de abril de 1989, el día que empezó a cumplir una sentencia de siete años por homicidio sin premeditación en Rikers Island. Le retiraron la licencia de por vida.

El cliente se llamaba Allain Carver y su hijo, Charlie. El pequeño había desaparecido; se suponía que era víctima de un secuestro.

Ahora que volvía a estar en el negocio, podía ser optimista. Si las cosas iban de acuerdo con el plan pensado y tenían un final feliz para todos los involucrados, Max se veía a sí mismo llegando al

ocaso de su vida convertido en millonario. Había un montón de cosas de las que ya no tendría que volver a preocuparse, y últimamente se había estado preocupando mucho; en realidad no había hecho otra cosa más que preocuparse.

Hasta allí, todo era muy bonito, pero quedaba lo principal: resolver el asunto.

El caso, le informó el cliente, era en Haití.

«Mierda», pensó el detective.

Sabía poco de Haití: vudú, sida, Papá Doc, Baby Doc, balseros y, recientemente, una invasión militar americana llamada Operación Restaurar la Democracia, que había visto en la televisión.

Conocía, o había conocido, a unos pocos haitianos, ex agentes con los que había tratado frecuentemente cuando era policía y trabajaba en un caso en Little Haiti, en Miami. No tenían nada decente que contar de su tierra natal; lo más amable que decían de ella era que se trataba de un mal sitio.

Sin embargo, Max guardaba un cálido recuerdo de la mayoría de los haitianos que había conocido. De hecho, los admiraba. Eran gente honesta, honrada, muy trabajadora, que había ido a parar al sitio menos envidiable de América, al puesto más bajo en el escalafón de la pobreza. Tenían muchos motivos para merecer una compensación.

Esto pensaba de la mayoría de los haitianos que había conocido. Pero sabía que, tratándose de personas, toda generalización tiene siempre una buena cantidad de excepciones, y él se había enfrentado cara a cara con ellas, también en el caso de los haitianos. No se hacía ilusiones.

En el fondo, aquel asunto le parecía una mala idea. Acababa de salir de una terrible experiencia. ¿Por qué meterse en otra?

Por dinero. Ése era el porqué.

Charlie había desaparecido el 4 de septiembre de 1994, el día de su tercer cumpleaños. Desde entonces no se había oído ni sabido nada de él. No hubo testigos ni petición de rescate. La familia Carver se vio obligada a suspender la búsqueda del niño después de dos semanas, porque el ejército estadounidense había invadido el país y lo

NICK STONE

había bloqueado, imponiendo el toque de queda y restringiendo el desplazamiento a toda la población. La búsqueda no se reanudó hasta finales de octubre, cuando las pistas, escasas desde el principio, ya se habían esfumado por completo.

—Hay otra cosa —añadió Carver—. Si usted acepta el trabajo, tiene que saber que es peligroso... O, mejor dicho, muy peligroso.

—¿Hasta qué punto es peligroso? —preguntó Max.

—Sus predecesores... Las cosas no resultaron demasiado bien para ellos.

—¿Muertos?

Hubo una pausa. El rostro de Carver se volvió sombrío y su piel perdió un poco de color.

—No, muertos no —admitió finalmente—. Peor. Mucho peor.